

ángel...—se repetía—, un ángel» (cap. IV). El primer instinto del campesino fue congraciarse con el «ángel», ostentando su resignación cristiana. Era pobre, explicó, pero conforme con su destino; no era como esos «que han aprendido a 'lér' [y] andan influenciados de cosas imposibles». Su mujer, por ejemplo, quisiera tener alas:

«—¿Conque tu mujer quisiera tener alas los domingos? —dijo el aparecido—. Tener alas, y pensar que al tenerlas le serían inútiles.

—Ansina, pue; bien que ella dice que las quisiera para irse a pasear...

—Para eso le bastan y le sobran los pies; por mucho que tuviera alas no se iría.

—De cierto que no..., porque la mujer es pájaro que no se aviene a vivir sin jaula» (cap. IV).

Aquí es evidente que Miguel no se interesa ni por las alas ni por volar, símbolos ambos de la libertad. He ahí la única vez en todo el libro donde el protagonista se acerca a hacer alguna declaración política. La libertad no vale nada, parece decir. ¿Por qué ansiar cosas imposibles como alas? Aún teniendo abierta la puerta de su jaula, la gente sólo se abrazaría a las rejas. Aunque la jaula de Miguel es más grande que la del indio, él también está enjaulado y la libertad no le hace falta. El y el leñador están de acuerdo en esto, como lo están las dos clases que representan. Se declara conforme el campesino para ganarse al «ángel»: es posible, piensa esperanzado, que lo recompense por su actitud cristiana transformándolo en rey. Se ve vestido de oro y carmesí, con corona y cetro. El «ángel» de Miguel es el presidente, pues, ¿no procura complacer al presidente para recibir su bonanza de oro y carmesí? He aquí el espíritu que hace posible la tiranía, el presentimiento que conduce a los hombres a esperar de arriba, del cielo o de los superiores, lo que el cielo no da y que conceden los hombres a un precio inaceptable: el de la libertad (4).

El último abrazo conyugal de Miguel y Camila se traza simultáneamente con el aleteo desesperado de un pollo perseguido en el patio por una criada. Alternando las frases que describen estos dos episodios, el fin de una vida, el comienzo de otra (5), Asturias ejemplifica tanto el ciclo perenne de nacimiento-muerte-renacimiento, como el paralelo existente entre las dos acciones. La acción del pollo puede sustituirse por la de Miguel, y viceversa, porque los momentos de la agonía en ciertos aspectos corresponde al éxtasis de la pasión.

(4) Asturias ha presentado esta esperanza perniciosa repetidas veces en sus novelas, y la denuncia su protagonista Sansur en *Los ojos de los enterrados*.

(5) Consideraciones de énfasis nos hacen suponer que Miguel, hijo, fue concebido en esta ocasión.

Por otra parte, si hoy el pollo moribundo representa a Miguel, es también una figura premonitoria de cómo será mañana: «El pollo dio contra el muro o el muro se le vino encima... Las dos cosas se le sentían en el corazón» (cap. XXXVIII). El favorito termina con confianza la primera etapa de su viaje, pero al llegar al puerto de embarcación lo detienen y lo golpean, mientras que otro asume su identidad y zarpa en su lugar. Como el pollo, Cara de Angel da contra un muro. Ha llegado a tener otros sentimientos sobre lo de tener alas y sobre la libertad: «Las lágrimas le cegaban. Habría querido romper las puertas, huir, correr, volar, pasar el mar, no ser el que se estaba quedando» (cap. XXXVIII).

El oficial que lo arresta es irónicamente el mismo Mayor Farfán, al que había salvado durante la enfermedad de Camila. El celo con que abofetea a su prisionero traiciona su propia abyección. Lo azuza el grito triunfante de Miguel: «¡Pegue, no se detenga, no tenga miedo; que para eso soy *hombre*, y el fuste es arma de *castrados!*» (capítulo XXXIX, el subrayado es mío). Este grito no es una pulla trivial, como se podría suponer. En este contexto lleva un significado muy concreto y apropiado. El remoque hiere a Farfán porque frecuenta ramerías (figuras de la esterilidad para el propósito de esta novela) (6), y alcanza más allá de él, al presidente a quien representa. Si nos atenemos al plano de la lucha entre las fuerzas de fertilidad y de destrucción, este momento es, para Cara de Angel, su instante de triunfo, ya que en esta hora, habiéndose perpetuado por la concepción de su prole, él es la misma encarnación de las fuerzas vitales que frustran por último al presidente y lo hacen impotente. Por la mano de Farfán el tirano lo golpea compulsivamente; pero en vano, porque sus golpes topan en un poder mayor que él mismo. El tirano azota la irreprimible fuerza creadora de la naturaleza, y sus únicos instrumentos son la muerte y la destrucción. Cara de Angel ha cumplido su función metafísica; comunicando la vida ha vencido la muerte, de aquí la exultación inconsciente de su desafío (7).

Muere después de muchos años de tortura, y nunca se sabe qué fue de él, sino que se fue a Washington. Con el tiempo su hijo viene a reemplazarlo en el corazón de Camila. El día del bautismo, mientras el hijo recibe la vida sobrenatural, renace también la vida en la madre

(6) Véase la escena en el prostíbulo, donde ante el cadáver de una criatura las mujeres lloran al hijo que nunca tuvieron.

(7) Contra el reparo que Miguel nunca supo que tenía un hijo, contestamos que el conflicto fertilidad-destrucción ocurre en un nivel subconsciente; Miguel y el presidente representan fuerzas ciegas, como la «fuerza ciega» mencionada en el capítulo I por la que muere Parrales Sonriente. Cuando el presidente destruye a Miguel, habiéndole permitido (claro que sin pensarlo) comunicar la vida a su hijo, actúa al modo de la naturaleza, notoriamente despiadada para con el individuo pero cuán cuidadosa de la especie.

por primera vez desde la desaparición de su esposo. El montaje rural de este episodio nos ofrece un himno a la maternidad, a la fecundidad, a la cosecha de la vida humana, final apropiado a la idea dominante de la novela: «Los cenizales se daban el pico... Las ovejas se entretenían en lamer las crías... Los potrancos correteaban en pos de las yeguas de mirada húmeda. Los terneros mugían con las fauces babeantes de dicha junto a las ubres llenas. Sin saber por qué, como si la vida renaciera en ella, al concluir el repique del bautizo apretó a su hijo contra su corazón» (cap. XL). Es de notar que el día en cuestión es un domingo de Pentecostés, antigua fiesta hebrea de la *cosecha*.

Si el lector se atiene a la dimensión política de la novela sin tratar de penetrar más en ella, se quedará con dos problemas esenciales por resolver. Primero, ¿cuál fue el crimen de Miguel que le mereció su castigo espantoso? ¿Casarse con la hija de un enemigo? Pero aun los acusados de amenazar la vida del presidente eran castigados por una muerte rutinaria y relativamente rápida, no por una premeditada tortura mental y física prolongada por años. Segundo, ¿a Miguel lo «redimió» al final el amor? Si lo redimió, ¿cómo?, ¿en qué manera? Sigue servil con el presidente e inútil para la patria. Si no lo redimió su amor, ¿puede justificarse estructuralmente la larga exposición de su aventura amorosa? Me parece que el autor dejó abiertas estas preguntas para mover al lector a buscar respuestas en otro nivel de interpretación.

La «redención» de Cara de Angel es una salvación metafísica, no moral. Es redimido por el amor, gracias al cual ha logrado una perspicacia, para él inaudita, de lo que es participar en la vida, desprendiéndose de su ensimismamiento estéril. Consiste su redención en moverse de una posición neutral en la que él se dejó usar para fines destructivos, hasta alinearse con las fuerzas de creación. El cambio es personal; es cuestión de actitud interior, pero compromete inevitablemente al presidente, porque, aun sin quererlo, Miguel empieza a actuar contra él. Su intención es salvar a Canales, a Farfán y a Camila, no es la de dañar al presidente; más bien sus actos son positivos; quería salvar estas vidas. Pero aunque no apunta al presidente, lo alcanza con el culatazo, porque la ley de éste es la de destruir, y cualquier acto positivo y creador tiene que disminuir y quitar potencia del campo negativo y destructor. Al desviarse moralmente del presidente, Miguel le resulta más amenazante que si se hubiera simplemente enemistado políticamente con él, quedando forzosamente en el mismo campo destructivo. De los dos hombres, el favorito se comporta con la mayor serenidad porque suya es la suma victoria.

La oposición del presidente se caracteriza por lo frenético de la derrota; de ahí el castigo fantástico que inflige a su vencedor, aunque está claro que conscientemente ninguno de los dos hombres comprende ni siquiera sospecha la índole de su antagonismo, el cual tiene su origen en la polaridad necesaria de la naturaleza.

En conclusión, podemos apreciar cuán apropiada fue la elección de una dictadura como escenario para *El señor presidente*, a pesar de que el tema no se relaciona intrínsecamente ni con lo político ni con lo social. Es que una dictadura proporciona un teatro inmejorable para la muerte planeada o el sacrificio ritual exigido de quien, como Miguel, hace el papel de héroe de la fertilidad y de la abundancia.—RICHARD J. CALLAN.

LAS CASI «PRIMERAS MEMORIAS» DE MANUEL SILVELA

Dije «gracias» nada más leer la primera copia del «diario» de Manuel Silvela. Años y años llevo trabajando entre «diarios»: fue primero anotación de lo que significa la música en los mejores—de Stendhal a Julien Green—; fue luego pasión por el tema en sí, polémica permanente, polémica de sacerdote, «teólogo pastoral», cuando veo cómo la pobreza de este género en nuestra literatura es un claro síntoma de dos realidades: los defectos de educación de la sensibilidad en la enseñanza media—la mala «redacción», la pobreza de matices en las cartas, la pereza típica del varón español para ellas—y la dureza de ese varón y la exaltación de esa dureza incluso como virtud. Hay como un inconsciente temor de afeminamiento y un olvido preparado de la típica ternura del varón, cuando precisamente en esa ternura está la defensa contra lo otro. Permanente, horrible falta de intimidad que viene, sin duda, de la falta de costumbre de lenguaje para expresarla.

Manuel Silvela Sangro era un muchacho de familia, de gran familia, claramente indicada por los apellidos; enfermo del corazón desde pequeño, «compensa» no su corazón de carne pero sí el otro con una entrega a todo lo que encuentra en torno de su vida. La primera condición de un «diario» verdadero es esa mezcla de la máxima intimidad con la máxima atención al mundo o, si se quiere, que esa atención reconcentrada hacia adentro llegue a ser costumbre en la mirada